

El Leviatan y La Peste, sicario de los Barones

D.H Godspeed



Capítulo 1

Es hasta que ese puñado de poderosos fueron tocados por el galero y los listones que corren por todo su pecho contagiaron de la peste a aquellos ilustres Barones llenos de potestad, que un muy mundano escalofrió recorrió toda la espina de sus excelencias. Por un momento no se sintieron tan lejanos de la chusma de diableros que clamaban por ayuda y alimento a las puertas del palacio, buscando la atención de al menos uno de esos hombres de poder, aquel que se decía hijo del esfuerzo y no del privilegio. Pero el inmenso portón no se abriría de par en par para recibir al eslabón más bajo y lavarle los pies cansados.

El mundo baña sus manos cada tanto, intentando expiar sus culpas y alejar la peste, de ese enemigo que solo conocieron en viejos libros, en el folklor de la tradición. Es verdad que el pasado regresa para recordarnos cuál es su verdadera cara. Los poderosos piden a su Leviatán levantarse y caminar, ejecutar su comando. Siempre olvidan que sus pies son barro y el agua que baña sus limpias manos de hierro ha reblandecido la arcilla de los agotados tobillos del constructo social.

Hoy es cuando Cronos reclama a los príncipes mostrar su virtud para con el pueblo, el receptáculo del poder natural de los hombres. Y un grito a lo lejos, en las esferas bajas del Leviatán replica a esos hombres torpes y obesos:

- "¡Dios odia a los cobardes!"

Y todo ese ruido, todo ese escandalo llama la atención del sicario, el ejecutor de los caprichosos dioses.

[D.H. Godspeed: falsas alegorías de la tradición contemporánea]